

## Sábado II de Cuaresma

2 de marzo de 2024

Miq 7, 14-15.18-20

Sal 102

Lc 15, 1-3.11-32

P. Eduardo Suanzes, msp

Si pudiéramos extraer una palabra clave que uniera las dos lecturas y el salmo del día de hoy seguramente sería la *misericordia*.

El lenguaje corriente, influenciado sin duda por el latín de iglesia, identifica la misericordia con la compasión o el perdón. Esta identificación, aunque valedera, podría velar la riqueza concreta que Israel, en virtud de su experiencia, encerraba en la palabra.

El sentimiento que se le pone aquí al padre que se conmueve al ver a su hijo volver significa, en su traducción del griego, es el apego instintivo de un ser a otro. Según los semitas, este sentimiento tiene su asiento en el seno materno, en las entrañas: es el cariño o la ternura.

Cuando el ser humano adquiere conciencia de ser desgraciado o pecador, entonces se le revela con más o menos claridad el rostro de la misericordia infinita. Porque Dios no puede soportar nuestra miseria y hará lo imposible porque tengamos la experiencia de su ternura para con nosotros. Porque la *cara B* de la misericordia en Dios es su *fidelidad*. Y el resultado es que por haber hecho una alianza personal con cada uno de nosotros es que nos ha convertido en “seres de su misma raza”. Es un instinto de ternura que nos une a Él para siempre. Y este es el objetivo de *la parábola del hijo prodigo* del día de hoy: esto, creo yo, es lo que nos intenta decir Jesús con este cuento.

Nos podemos hacer esta pregunta: ¿cuál fue la experiencia de la misericordia de Jesús? ¿De dónde le nacía? ¿Cómo la vivió? Y no podemos más que hacer referencia al Padre, porque ese era el alimento de Jesús: hacer la voluntad de su Padre. Jesús se vivía en Su misericordia, porque se vivía en Su Padre, por el Padre, desde el Padre, y con el Padre. Se sabía en todo momento envuelto por él y su misericordia, de la que era su Rostro; por eso podía decir a Felipe que quien le veía a él veía a su Padre. ***La experiencia del Padre como el Abbá de las misericordias es quizá la proclamación más fundamental de todo su mensaje y de su propia vida.***

En efecto. El Abbá del que habla Jesús es, fundamentalmente, misericordia. Es una misericordia fluyente, es decir, que nunca es estática (si se parara no sería misericordia). Y esa misericordia que Dios es, fluye constantemente de un modo indiscriminado, hacia todo y hacia todos; lo impregna todo, hasta el punto de que nada puede quedar fuera de la misericordia que Dios es. Otra cosa es que el hombre sea consciente o no de esa pertenencia en la que está sumergido.

En esta parábola del hijo pródigo Jesús nos quiere presentar cómo es su Abbá: La marcha del hijo menor a vivir su paz, a «vivir su vida» le conduce al fracaso. Instalado en un mundo imaginario y mental, piensa en su autosuficiencia lejos del ámbito de su padre, pero tal autosuficiencia se derrumba, porque la paz del mundo es pasajera y superficial. Su mente le ha hecho vivir en una realidad que no es la realidad, y, por ello, se muestra como conducente a la alienación, a la muerte. ***Sólo tomando conciencia de su ser en el padre, es decir, que su ser sólo tiene sentido viviendo en el Padre, el hijo podrá volver a «ser».***

No pensemos necesariamente en situaciones de pecado. Lo que Jesús presenta es que el hijo se va fuera del ámbito del padre a vivir su paz, como la da el mundo. La suya, no es como la da el mundo: no es superficial y pasajera; es total y profunda, porque está fundada en el amor de su Abbá. El amor del Abbá no tiene ojos calculadores, no lleva contabilidad: ese amor sólo puede ser amor, y no puede darse en fracciones, sino plenamente. Quienes «piensan» lo contrario, se equivocan.

Dios continuamente, y por toda la eternidad, se está como *dando la vuelta*, se inclina hacia el hombre, se descentra de sí mismo para darse. Que es lo que vemos hoy en la parábola del hijo pródigo. El centro de la parábola en la intención de Jesús es el padre, naturalmente: su desvivirse por los dos hijos (por los dos). Pero si se fijan lo que hace el padre es quitarse él mismo del centro para poner en el mismo centro, primero, al que se fue. Primero saliendo de la casa para otear el horizonte, volcándose sobre el mismo horizonte para encontrar al hijo de sus entrañas; luego, cuando lo encuentra no le deja ni hablar: *«rápido denle una sandalias, póngale un anillo, denle la mejor de las túnicas y maten al mejor animal para que comience la fiesta..., porque este hijo mío estaba perdido y lo hemos hallado, estaba muerto y ha vuelto a la vida»*. Lo mismo hace con el hijo mayor: el padre vuelve a salir de la fiesta suplicando para que el hijo orgulloso y envidioso entre en la misma: *«hijo mío todo lo mío es tuyo, ven entra,...tu hermano...muerto...vida....»*

Dios se comunica solo en, desde y por la misericordia; además, como el Papa Francisco, «la misericordia es la palabra que define en misterio de la Trinidad. Misericordia»<sup>1</sup> y solo misericordia. Por tanto, por parte de Dios nunca, nunca podrá haber abandono, no-presencia, insensibilidad, porque como una madre se enternece por su criatura así se enternece el Señor con cada uno de nosotros. Simplemente dejaría de ser Dios, porque Él es misericordia. Por tanto es impensable el que Dios no nos escuche o no nos responda. Esto no podrá darse jamás.

---

<sup>1</sup> FRANCISCO. *El rostro de la misericordia*. Bula, 2016